

LA GRAN CIUDAD.

Sin duda es Nápoles hoy la primera entre las ciudades de Italia por su numerosa población, por sus grandes dimensiones, y una de las primeras entre las ciudades de Europa. Cuando se la mira desde alguna altura, cuando apenas se advierte el espacio que la separa de los pueblos circunvecinos, la creéis por su extensión una ciudad como Londres. Los ojos se engañan tanto, que comparando el recuerdo de París mirado desde el Panteón y la vista de Nápoles mirada desde el Pausilipo, Nápoles parecíame mayor, mucho mayor que París, por una de esas ilusiones ópticas á que tanto contribuyen la luz y el cielo del Mediodía.

Siempre recordaré mi llegada á la hermosísima capital de las antiguas Dos Sicilias. En la emigración el menor contratiempo os apesadumbra y os irrita. El disgusto se convierte en pena, la pena se acrecienta con la nostalgia. Os parece que

todo el género humano debe aborreceros, puesto que os aborrece vuestra patria; que toda sociedad debe rechazaros, puesto que os rechaza la sociedad donde habeis nacido. Cuando veis un ciudadano que habla de los asuntos de su nacion en medio de los suyos; un padre ó un hijo que entran en el hogar y departen con su familia; os creéis el más desgraciado de los mortales y os imagináis que vuestros huesos van á quedar solitarios y olvidados en extraña tierra. Sobre todo, si el gobierno, si la policía de la nacion, donde esperais asilo, os molestan, lo sentís doblemente y os preguntais á vosotros mismos reconviéndoos con acritud: «si de todas maneras habia de ser perseguido, ¿por qué, por qué abandoné la patria?»

Yo me encontraba en Roma completamente consagrado á la meditacion y al estudio. Para mí en aquella ciudad sólo eran las ruinas interesantes y las obras de arte que entre las ruinas se levantan. Evité toda sociedad casi por completo, y consumí el tiempo en los museos, en las iglesias, en las catacumbas, en el mundo de lo pasado. Cada dia encontraba algo nuevo de puro viejo, y enlazaba estos descubrimientos con mis leyes históricas á la manera que el naturalista corrobora sus clasificaciones y sus series con el descubrimiento, ya de nuevos, ya de repetidos

ejemplares. Hallábame tranquilo en la ciudad donde todo gran dolor puede tener refugio por lo mismo que puede tener consuelo. La desolacion de su campiña se armonizaba con la desolacion de mi alma. El olvido que el espectáculo de tantas ruinas procuraba al corazon lacerado, no podia encontrarse, no se encontraba realmente en ninguna otra ciudad del mundo.

Cuántas veces pensé desasirme de los lazos que pudieran atar mi vida á París, el centro de mi destierro, y quedarme allí en muda contemplacion de los monumentos, en comercio con las artes, en estudio incesante de la historia. Es verdad que mis ideas filosóficas y mis ideas políticas no podian ser aceptas al gobierno á la sazón imperante, ¿mas qué podia contra este gobierno un desgraciado sin patria, sin hogar, sin familia, sin relaciones en aquella sociedad, decidido á oponer á los propios dolores el olvido, y consagrado á estudiar las instituciones muertas, enterradas en la tumba de aquella necrópolis tan triste como mi propio corazon?

Asaltado me hallaba por estos pensamientos una mañana de primavera, cuando entra en mi modesta habitacion despavorido un camarero de la fonda de Minerva, y á boca de jarro y sin darme los buenos dias, me dirige esta pregunta:

— ¿Por qué me ha ocultado usted su valer?

— ¿Mi valer? Nada tenia que ocultar, porque nada valgo en el mundo.

— ¿Su importancia?

— No importo nada.

— Usted es un hombre célebre.

— ¡Yo célebre: ¡Bah! ¿Tiene usted ganas de mofarse de mí? le pregunté.

— He impedido que la policía llegara hasta su cuarto.

— ¡La policía!

— Sí, la policía se hubiera ya encarado con usted, si yo no le digo que le comunicaria á usted sus órdenes.

— ¿Qué órdenes?

— La orden de dejar inmediatamente Roma.

— ¿Por qué causa?

— Han dado muchas.

— Pero ¿no puedo saber cuáles?

— Dicen que los libros escritos y publicados por usted se hallan en el Índice.

— Es verdad; pero si todos los autores cuyos libros se hallan en el Índice, no pueden habitar esta literaria Roma, en verdad os digo que sereis visitados por pocos literatos contemporáneos.

— Dicen que usted es amigo de Garibaldi, de Mazzini.

— Es verdad.

— Tiene usted mucho valor.

— ¿Por qué?

— Por venir á Roma con tales antecedentes.

— Pero debo asegurarnos que ninguna idea política me ha traído á Roma. Usted pudo observar que ni he recibido ni he hecho ninguna visita.

— Pues aún dicen más.

— ¿Qué dicen?

— Que está usted condenado á muerte.

— Y en garrote vil.

— Por revolucionario.

— Por liberal, por demócrata.

— Ya sabe usted, me dijo con misterio, las relaciones cordialísimas que hay entre el gobierno de los cardenales de Roma y el gobierno de los Borbones de España. Es de temer que estando usted condenado á muerte en España, esta policía romana le coja, le aprese, le lleve á Civitta-Vecchia, y le entregue á la fragata militar anclada en el puerto. Y lo ahorcarán á usted.

— ¡Qué idea tiene usted de este cristiano gobierno! le dije con extrañeza. Es bien imaginario ese peligro.

— Pero el peligro real, efectivo, es el que usted corre de dar con su cuerpo en la cárcel sino sale de Roma por el primer tren.

— ¡La cárcel! Todavía la hubiera sufrido con resignacion en mi patria. La idea de que estaba entre los míos, la idea de que la merecia como

conspirador, acaso dulcificaran mis dolores. Pero la cárcel aquí me aterra. ¿A qué hora sale el primer tren?

— A las diez.

— ¿Y qué hora es?

— Las nueve y media.

— ¿Para dónde sale?

— Para el Mediodía.

— No estoy apercebido, ni preparado. Pero no importa.

Llamé á mis compañeros de viaje, un propietario mejicano y dos jóvenes españoles, que estudiaban en el colegio de Bolonia, y que recorrian durante las vacaciones de Pascuas Italia, encarguéles mi equipaje, partíme en uno de aquellos cochecillos que no corren, sino vuelan, á la estacion, tomé un billete, y me empaqueté en mi vagon con la guia del viajero en una mano y el periódico de Roma en la otra.

Al partir el tren bordeamos la Vía Appia y descubrimos el sepulcro de Cecilia Metella. Estos grandes monumentos me inspiraron tristes reflexiones. Un desterrado, un condenado á muerte por el crimen de profesar ciertas ideas políticas, ¿no es una ruina más entre tantas ruinas, no es una sombra más entre tantas sombras, no es un muerto más entre tantos muertos? Ninguna inquietud debia engendrar en este poder inmenso,

cuyo nombre invocan millones de séres todos los dias al pié de los altares en toda la redondez del planeta. Me arrojan no sólo de mi patria, sino de aquella ciudad que parece tener el eterno derecho de asilo. A un cadáver no se le niegan en el mundo, no, cuatro pasos de tierra, y se le niegan á un vivo. Para distraerme de estas melancólicas reflexiones convertí los ojos al periódico, y encontré la siguiente noticia: «El Papa ha ofrecido Roma al rey de Hannover, destronado y proscribio, porque Roma es un asilo, un refugio eterno para todos los desgraciados.» Una sardónica sonrisa corrió por mis labios, y mi saliva tomó toda la amargura de la hiel. Con estos tristes pensamientos dejé la ciudad de las eternas tristezas.

¡Qué contraste entre la campiña de Nápoles y la campiña de Roma! Esta es la unidad y aquella la variedad; ésta lo sublime y aquella lo bello; ésta la majestad y aquella la gracia; en Roma se oye el cántico unísono de un lamento parecido al uniforme salmo de los profetas bíblicos, y en Nápoles el coro de las antiguas divinidades griegas. Pero si el contraste entre campiña y campiña es grande, es mayor aún el contraste entre ciudad y ciudad. Digan lo que quieran todos los enemigos jurados de la Roma pontificia, parecióme en comparacion de Nápoles una ciudad austera, austerísima. Por lo ménos reinan en Roma

la tristeza y el silencio. Sus habitantes visten colores oscuros. Sus rostros tienen cierta solemne tristeza, como cuadra á una raza reina y destronada. Los innumerables conventos, la muchedumbre de frailes, las capillas que por todas partes se levantan, las imágenes que ornán las esquinas, denotan que el pueblo romano es un pueblo sometido á la teocracia; mientras que los gritos de las calles de Nápoles, las vociferaciones continuas, la infinidad de corrillos, la alegría universal, los bailes en un lado, los conciertos al aire libre en otro, la inmensa concurrencia á los aguaduchos y á los cafés, denotan que estais en ciudad civil, donde la vida es como continua fiesta. Ya no hay la multitud de estampas religiosas que en otro tiempo. A la imagen del Señor han sustituido la imagen de Garibaldi. Adorar es la necesidad de Nápoles, adorar fervientemente, y sea cualquiera el objeto de sus adoraciones; adorar á gritos, á manotadas, en medio de la algazara y del estrépito, con la exaltación propia de los temperamentos nerviosos, y con el fanatismo que acompaña á las pasiones meridionales encendidas por el calor intensísimo del clima. Hay algo del Vesubio, algo de sus ardores, algo de sus erupciones, algo también de sus veleidades en la movible y ardiente naturaleza de los napolitanos, de estos griegos degenerados, que viven con la sonrisa

en los labios, al borde siempre de la muerte; amenazados por el volcan de rigores iguales á los rigores que enterraron á Herculano y Pompeya.

Muchas veces, cuando yo discurría por las calles de las grandes poblaciones del Norte, y observaba su recogimiento y su silencio, pensaba lo que sería una población como Lóndres, como París, situada en las regiones meridionales de Europa. ¡Qué mar embravecido, tanta gente bajo nuestro cielo! ¡Qué rumor se levantaría de las calles! Una ciudad del Mediodía es una selva del trópico. En su seno late vida tal y tanta, que en vano buscaríais entre las brumas de Lóndres y de París. Yo nunca he oído desde las alturas de Montmartre ó del cementerio de Lachaise, al anochecer, los rumores que he oído desde las alturas del Retiro, á la misma hora. Cualquiera diría que Madrid es una ciudad mayor que París. Pues en comparación de Valencia, en comparación de Sevilla, Madrid es una ciudad silenciosa. ¡Qué noches las noches de Sevilla! ¡Los niños juegan y gritan, los mozos cantan y puntean la guitarra, las familias acomodadas oyen el piano, al fresco del patio, entre macetas de aromáticas plantas y surtidores de murmuradoras aguas! ¡Qué días los días de fiesta en Valencia, sobre todo, por la estación de verano! ¡Las campanas al vuelo, las músicas discurriendo por las calles, los tambori-